

# Piénselo... y después, métralo en la caja, o acerca de la retórica del poema

Chantal Maillard

–Un poema es la respuesta a una pregunta que aún no ha sido formulada.

–¡Qué hermoso!... ¿Lo ha escrito usted?

–No, se lo oí decir a alguien el otro día.

–¿Qué significa?

–Nada, no significa nada. Una definición poética del poema, se supone. Y al parecer funciona puesto que le parece «hermosa». Esa es la función de la poesía: atraer. Como el plumaje de los pájaros para atraer a la hembra, o el lunar rojo de ciertos peces. El enigma no tiene otra función, en la palabra, que atraer al oyente. Para conseguirlo, el poema tan solo necesita hacer gala de su plumaje. Figuras retóricas, lo llaman. En cuanto aparecen situadas estratégicamente, el oyente suspira, embelesado: «¡Qué hermoso!», dice, antes de haber llegado siquiera a descifrarlo. El juicio de gusto es previo, siempre, al entendimiento.

–Pero, perdóneme, no veo en aquella frase ninguna figura retórica. No hay metáfora. No me parece que se trate de un poema sino, más bien, de un pensamiento.

–No es un poema, no. El poema es otra cosa, que por cierto no siempre tiene que ver con la poesía ni con lo poético. No es un poema, es una fórmula metafísica disfrazada de poética. O una frase poética disfrazada de metafísica, como prefiera. En realidad, yo no me refería tanto a la naturaleza de la sentencia como a lo que sugiere, pero, ya que estamos, analicemos la sentencia: «El poema es una respuesta a una pregunta que no ha sido formulada». Usted dice que se trata de un pensamiento. Pues, piénselo, piénselo... Pensar se hace lógicamente, según ciertas reglas. ¿Cree que lo que nos plantea aquella sentencia es un problema lógico? ¿Se trata de una paradoja o, simplemente, de un error de lenguaje?

–Esto es lo que lo hace interesante, ¿no? Lo que nos saca de nuestros parámetros lógicos aviva la inteligencia. Es un reto. La solución puede venir por otros derroteros. Rodeamos la cuestión y hallamos otros caminos. En eso consiste el placer de la inteligencia.

–Ciertamente, pero ¿por qué encontrarlo «hermoso»?

–Como una buena jugada de ajedrez, o un teorema, o ciertas respuestas matemáticas.

–De acuerdo, me parece muy bien que trate de contestar con analogías, pero no nos aclara nada. ¿Qué tienen en común esas respuestas –la jugada, el teorema, la solución a un problema– con aquella afirmación?

–Pues que son una manera de responder. Una cierta manera. Un atajo imprevisto, que causa admiración. Algo que no suele formularse de esa manera.

–Bien, parece que nos vayamos acercando. Lo que tienen en común es formal, ¿no es así? Una formulación nueva.

–Sí, eso es, más concisa, más... No sé cómo decirlo. Más... bella.

–¡Ya estamos otra vez! La belleza, recuérdelo, hace tiempo que la encontraron amarga.

–Ya, pero depende de cómo se la defina, ¿no? ¿Y si la definiésemos como lo que causa admiración?

–Tendríamos un placer de la inteligencia, sin duda. La admiración es una emoción asociada a la inteligencia. Admiramos las soluciones para las cuales el intelecto ha sabido barajar los elementos de manera precisa, redonda.

–¿El círculo cerrado de los griegos?

–Bueno, si quiere. El círculo miente menos, dijo una vez un matemático para explicar por qué prefería el círculo al cuadrado. El intelecto halla placer en las formas redundantes. Cuestión de afinidad, supongo.

–¿Puede decirse entonces que al juzgar hermosa aquella frase, estaba admirando el modo en que respondía a la cuestión de forma concisa y redonda?

–O simplemente podríamos decir que le atrae lo que no entiende. Muchas personas encuentran admirables los escritos de los filósofos más oscuros tan solo porque no los entienden. Pero también pudiese ser que le pareciese poética la manera de solucionar la cuestión.

–¿La lógica del poema?

–En cierto modo. Tenga en cuenta que el poema ocurre en el lenguaje. No solo es que se dé por y a través del lenguaje, es que su naturaleza es lingüística. Lógica, por tanto, pues nada hay que siga más al pie de la letra (nunca mejor dicho) las leyes lógicas que la gramática. Y si lo poético introduce rupturas o quiebros, si descompone para volver a componer del revés, si se inventa maneras de transgredir la norma, si encuentra atajos para decir lo mismo sin decir lo dicho, lo hará siempre, inevitablemente, dentro del lenguaje.

–Y si recurrimos, por la vía del positivismo lógico (Tarski, o el propio Wittgenstein) al truco del metalenguaje, ¿qué ocurriría?

–Nos situaríamos fuera de ese lenguaje para hablar de él desde otro lenguaje. No deja de ser un ardid, pero funciona.

–¿Para quién funciona?

–Para la conciencia que juega a ser geógrafa e inventa mapas que le ayudan a proseguir con sus disquisiciones sorteando las paradojas y contradicciones que el

propio lenguaje segrega en sus fronteras. O para quienes crean que así podrán ponerse a salvo del abismo, encontrar refugio antes de toparse con los límites. Bien. De acuerdo. Situémonos allí por un momento. El poema como lugar, como refugio, digamos, como casa...

-¿La morada de Hölderlin?

-En cierto modo, aunque no conviene utilizar analogías cuando se pretende averiguar algo discursivamente; lo ajeno o ya gastado invade con demasiada facilidad los territorios por conquistar...

-Metáfora bélica.

-Sí, ¡qué plaga! De todos modos, más que una casa, mejor pensar en una caja, puesto que no tiene ventanas ni vanos, o los tiene sellados.

-¿Como la mónada de Leibniz?

-Sí, en cierto modo, o como la del caracol en épocas aciagas, aunque, insisto, dejémonos de símiles o aproximaciones, son perjudiciales. Digamos simplemente una caja porque no puede verse en su interior.

-¿La caja negra de Skinner?

-No, eso sería el cerebro.

-¿La caja de Schrödinger? El poema sería como el gato vivo-muerto, o ni vivo ni muerto...

-Oiga, no se entusiasme. Con tantos saberes referenciales no hay manera de llegar a ninguna parte. Olvídense de la casa, de la llanura -¿la mencioné?-, los olivos, la colina florecida... Olvídense de todo. Pretendía tan solo poner el acento en esa voluntad de misterio que nos lleva a atribuir poderes especiales a lo que no comprendemos en vez de analizar lógicamente la frase y detectar el error de lenguaje, o su ardid. Hambre de misterio tiene la conciencia. Pero el misterio son los límites de lo decible, más allá de los cuales mejor sería callarse, y no porque haya algo indecible más allá, sino porque el mismo «más allá» es, por lógica, el no que confirma el sí, lo otro que certifica lo mismo, el contrario que en la lengua siempre equilibra la balanza. Al «aquí» se opone el «allá» y, en su extremo, un «más allá». Entre extremos y contrarios anda el juego y, al hablar, la cuerda se distiende. Comba que saltamos con temor a perder pie, a perder. Por eso inventamos el misterio, un territorio en lo callado. El misterio es el espacio de la transgresión: la voluntad de creer que algo hay que pueda no-decirse diciendo en los márgenes del decir. Y le otorgamos al poema ese poder. Le pedimos al poema que nos sorprenda para poder experimentar el vértigo, esa exigua rebeldía, esa estrecha libertad que dentro de los márgenes nos permite experimentar el vértigo sin salir de la página.

-Entiendo. Pero, dígame... la caja, ¿no podría ser la del Principito?

.....  
**CHANTAL MAILLARD** fue profesora titular de Filosofía en la Universidad de Málaga. Recibió el Premio Nacional de Poesía por su libro *Matar a Platón* y el Premio de la Crítica por *Hilos*. Es autora de numerosos ensayos y libros de poemas.